

## EL SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD SOCIAL FRENTE A LA ESCRITURA: UN ESTUDIO DE *JENGIBRE*

Diógenes Céspedes

Estudiar un texto particular de un autor al margen de lo que ocurre o ha ocurrido en el interior de una formación social y económica dada, en la cual diferentes modos de producción se articulan siendo uno de ellos el dominante, significa que semejante investigación va ya invalidada porque el resultado analítico conducirá inevitablemente a resaltar una pretendida "creación" antecedente.

Muchos críticos consideran ingenuamente, para estar en paz con su conciencia, que toda "obra literaria" es social por el hecho de que se produce en una sociedad determinada y sobre todo porque ha sido "creada" por un hombre específico que vive en dicha sociedad. Este aspecto aristotélico del planteamiento es el lado vulgar de un sociologismo literario trasnochado.

Se olvida adrede que la escritura no es solamente esa trivial constatación, sino que ella es la producción simultánea de formas y sentidos ideológicos que constituyen, en tanto que texto, una unidad dialéctica indisociable.

Dicha unidad dialéctica está íntimamente ligada, sin disolución posible, a lo social y a lo histórico en un plano más general (la formación social dada) y en un plano más particular (el individuo, el escritor) con el decir y el hacer de ese hombre que al asumir la escritura asume en ese todo indisociable ese decir-hacer. Tal asunción es su posición teórica frente a la ideología de su tiempo y su práctica política de la escritura frente a la formación social. Práctica política que no debe necesariamente reducirse a una militancia de partido, por múltiples causas que a veces lo impiden. Entre ellas una muy poderosa: que los poderes del Estado y los partidos políticos desconfían en extremo de los escritores. El recelo es mayor cuando la "literatura" que el escritor produce no les provee un sentido unívoco e inmediato de lo cotidiano.

Si un escritor ha asumido la responsabilidad de su decir y su hacer frente a la práctica de la escritura que él produce en un momento histórico-social de la formación en que vive, tendrá más oportunidad, entre todos sus pares, de producir las transformaciones, cambios o subversiones que en esa esfera de la ideología marcan una progresión frente a la positivización y vigencia en que los escritores mantienen las formas "literarias" del pasado.

Es claro que para transformar o cambiar las formas literarias que un escritor ha encontrado en la formación social en que vive se necesita una inteligencia extraordinaria que asuma el lenguaje como totalidad social. Y no bastaría solamente con transformar las formas literarias heredadas (que son también formas ideológicas), sino que semejante productor de textos, en un movimiento dialéctico simultáneo e indisoluble, tendrá por fuerza que cambiar todo sentido anterior instituido por la sociedad en forma de creencias, prejuicios, mitos y representaciones mentales.

Es decir, operar una transformación ideológica en el interior de un mundo positivizado, fosilizado. Pero tal transformación no entraña que el escritor haga una revolución política, pues no es ésta la función de la escritura. Es a los partidos obreros o al proletariado a quienes corresponde esa misión. Los escritores, al transformar la ideología de su tiempo, señalan orientaciones hacia donde soplan los vientos, ellos interrogan el mundo en vez de darle respuestas. Solamente la escritura tradicional asume el papel de dar soluciones a los problemas del mundo. Por eso ella se identifica con la videncia, y su "creador" con el brujo o con el adivino de aldea, labor que a fin de cuentas remite a lo sobrenatural. O en el peor de los casos el escribiente que así obra se arroga el papel de representante o intermediario (medium) entre Dios y los hombres. Al arrogarse tal papel se cree profeta y por su boca o pluma inspirada obra para reproducir las relaciones sociales de producción que le aseguran el mantenimiento del orden social en que vive ese vidente.

Existe, por otra parte, el escritor que sin asumir el lenguaje como totalidad social, logra una de estas dos cosas: 1) subvertir las formas escriturales que ha heredado, sin operar cambios en la ideología que la sociedad se ha dado como válida. Se está en este caso frente a un revolucionarismo formal; 2) subvertir la ideología de las clases dominantes en una formación social dada, pero reproduciendo siempre las formas escriturales del pasado. Se está en este caso frente a un revolucionarismo verbal. Hemos empleado la palabra subvertir porque la subversión es siempre recuperada ideológicamente por la clase dominante, mientras que la transformación o la revolución no pueden serlo.

Claro que esta subversión puede jugar un papel disolvente en el momento más crítico de las contradicciones o antagonismos de clases en una formación social determinada y solamente una deficiente lectura burguesa impide la recuperación inmediata de la "obra" en cuestión.

En el extremo de los escritores que transforman la escritura vegetan los escribientes. Estos reproducen positivamente el mundo armonioso y sin contradicciones y antagonismos de clases en que viven. Una falsa conciencia les hace desempeñar el papel que juegan. Entre estos escribientes existen gradaciones. Por un lado está el que asume totalmente su responsabilidad de clase al escribir, ese es el escritor burgués por excelencia; por otro lado, el que siendo burgués en razón de su misma pertenencia clasista, aunque reproduce las condiciones que aseguran el mantenimiento del sistema, disemina en sus textos las contradicciones en que se debate dicho sistema, exponiendo lo que se ha llamado el desgarrar-

miento de la conciencia burguesa. En último lugar, y no cerramos la lista, está el escribiente que siendo de origen proletario ha podido llegar, por movilidad social o por otros factores, a identificarse con la burguesía y reproduce tal cual las formas literarias del pasado y la ideología de la clase dominante.

La función, pues, de toda escritura consiste en transformar en y a través del lenguaje las formas-sentidos que vehiculiza la ideología de su tiempo. Y debe entenderse que al ser la escritura una producción de sentido ideológico, tanto las formas como los sentidos indisociables que constituyen el texto como unidad son formas ideológicas. La estructuración de este tipo de escritura presenta la mayor riqueza de lectura posible y como unidad referida a un contexto histórico-social específico su descodificación es inagotable.

Otros textos que se presentan como fracturas disolventes en el interior de un orden social dado, pero que solamente ponen en crisis una de las estructuras (la formal o la verbal) que los fundan, autorizan un tipo de lectura múltiple o plural, pero finita.

Los textos positivos o acrílicos, que reproducen las relaciones que aseguran en la instancia ideológica el funcionamiento de la formación social capitalista o de anteriores formaciones, pueden ser leídos en base a un código retórico, pues las connotaciones posibles están altamente codificadas. Estos textos son muy denotativos. La gramática sería de código lectural de tales textos y los ideogramas de su intertextualidad apuntan a afianzar los valores positivos del orden social que reproducen. Jamás presentan preocupaciones valorativas con respecto al lenguaje. Este es para los escribientes que producen tales “obras literarias” el material bruto, en estado natural, que deja pasar el buen sentido. El interés de esos textos está centrado en un pretendido estilo u originalidad que vehiculicen el entretenimiento, la diversión sana o la enseñanza moral, religiosa o educativa.

## DECIR-VIVIR

Con la construcción de este pequeño marco teórico es más fácil adentrarse en el análisis, un poco breve, de la novela de Pedro Andrés Pérez Cabral, *Jengibre*, así como en el esbozo de algunas consideraciones históricas sobre su práctica política —no sobre su biografía, que es material de historiadores literarios.

Y esta práctica política no se esboza al azar ni es pertinente a este análisis por el simple hecho de que ella pertenece a una individualidad o a un personaje, sino porque depende de un concepto del materialismo histórico mucho más importante: el de la lucha de clases. Es decir, que al deslindar tales rasgos no se atiende uno a la personalidad o al decurso de vida de Pérez Cabral, sino a su inserción dentro de una determinada actividad de lucha de clases. Esta vez en el espacio histórico contextual en que se produce su texto que corresponde más o menos, en la formación social capitalista dominicana, a los años 1930-1940 de la tiranía de Trujillo.

Es más pertinente todavía la elección de este espacio temporal a fin de situar el contexto histórico-social en razón de que dijimos atrás que la escritura está

ligada a un decir-hacer, el cual se articula en un decir-vivir no biográfico y ambos forman una unidad dialéctica inseparable. Y ese vivir, menos que remitir a la vivencia o vidura de la vida vulgar y cotidiana que todo ser humano está obligado a llevar, semejante vivir, repetimos, renvía a la manera particular de sentir la sintaxis, el ritmo, las formas-sentidos y la estructura del mundo a través de la tensión escritural, con la mira puesta siempre en el cambio o la transformación que sucede cada minuto y con la convicción, alegre o irónica, de que deben cambiar.

En esa lucha cotidiana, el decir y el vivir del escritor constituyen su práctica social del lenguaje, lenguaje que para él funciona como transformador, disolvente o subvertidor del orden social del mundo, nunca como acriticidad o positividad del sistema que uno encuentra emplazado.

Al menos la escritura que vive eternamente en el tiempo, habiendo sido producida en otro tiempo específico, no ha sido nunca articulada por textos acrílicos o positivos frente al mundo ideológico que encontraron. Los textos cuya lectura es inagotable, o aun plural, transformaron o pusieron en crisis la sociedad en donde fueron producidos. Al contrario, aquellos textos que se conformaron con reproducir su mundo armonioso y sin contradicciones y antagonismos duermen el sueño de los justos. Solamente los bibliómanos y coleccionistas de objetos raros se encargan, de vez en cuando, de anunciar que por acá o por allá apareció el único ejemplar de la obra de tal autor, haciéndose siempre hincapié de inmediato en que aunque la misma carece de valor literario, constituye sin embargo un raro paradigma de edición, digno de cualquier coleccionista de antigüedades o de un bibliómano empedernido.

Aunque la palabra prólogo condena, por etimología, a quien la ponga en práctica, a escribir o hablar bien de la obra que se presenta a la consideración del lector-consumidor, declaramos que la crítica literaria tiene por función valorar a través del análisis de las formas-sentidos de un texto, jamás la misión de alabar o lisonjear por gusto, incapacidad o amistad. De ahí, nuestro deseo de transformar el sentido de la palabra prólogo (pro = a favor y logos = discurso) en el caso del texto de Pérez Cabral y limitarnos, de acuerdo con nuestra concepción de la escritura expuesta más arriba, a leer y analizar las formas sentidos articulados en *Jengibre*.

## LA PRACTICA POLITICA

Para 1931, época en que el bachiller Pérez Cabral entra como estudiante de medicina a la Universidad de Santo Domingo, aun siendo un miembro de la pequeña burguesía de San Pedro de Macorís, llega imbuido de una fuerte sensibilidad frente a los problemas sociales del país.

A más de constituir parte de un núcleo de jóvenes intelectuales cuyas familias detentaban un rol político e ideológico en la región antes y después del rápido crecimiento económico del Este al calor de la consolidación del enclave azucarero norteamericano, la situación de los años 30, desaparecido el fulgor de la "danza de los millones", les hizo tomar una conciencia social crítica.

Las luchas guerrilleras contra el invasor yanqui y todo lo que de reivindicación social constituyeron, aunque aplastadas, no fueron ajenas a esta conciencia. Familias influyentes que poseyeron tierras fueron obligadas a venderlas a bajos precios o al convertirse en colonos azucareros al servicio del central yanqui se arruinaron a partir de 1916. En los ocho años que duró la invasión se recrudeció el proceso de despojo de tierras a los campesinos y se inició la proletarización en favor del enclave, proceso en el cual se inicia la explotación masiva de la nueva mano de obra que vino a sumarse a la haitiana y a la cocola. Para 1930 el enclave ha extraído tantas ganancias que su consolidación es un hecho consumado, dejando paso en la guarda de sus intereses a Rafael Trujillo y al modelo de desarrollo económico que con él se inaugura, nada exento de los métodos de despojo implementados por los norteamericanos. Pérez Cabral solamente estuvo en la Universidad hasta 1935, pues en cuarto año de medicina le fue cancelada la matrícula por negarse a pertenecer a la Guardia Universitaria Presidente Trujillo, un grupo de encuadramiento político-ideológico cuyos fines se extendían a la vigilancia y el espionaje. Tal vez fue Pérez Cabral el único que no perteneció a ese aparato represivo.

Menos de un año después, en 1936, Pérez Cabral es coeditor de la revista *Recta*, en su pueblo natal. Esta es la única publicación de la época en la que no apareció una sola vez la palabra Trujillo ni fotografía alguna del régimen. De dicha publicación se editaron solamente cuatro números, siendo el último regocado por el gobernador Francisco Augusto Cordero y el jefe militar de la plaza. La palabra Trujillo, refiere Pérez Cabral en comunicación personal, se omitió inclusive en los anuncios. "De las actitudes posteriores de los editores (Porfirio Herrera Báez, Rafael Richiez Acevedo, Emilio N. Iturbides y Pedro A. Pérez Cabral) la historia de la época es elocuente", dice el autor de *Jengibre*.

En 1938 Pérez Cabral pone a circular una edición clandestina de *Del Suelo*, poemario que él califica de estimulante. El propio autor se encargó de editarlo y distribuirlo entre los enemigos conocidos del régimen.

También se desempeñó Pérez Cabral, entre 1936 y 1938, como director de la escuela normal semioficial de su ciudad. La misma contaba con una subvención oficial con la cual el director atendía la parte de los sueldos de los profesores. Pérez Cabral recibía su sueldo de la contribución mensual de los padres de los alumnos que podían pagar la cuota asignada.

Del seno de esa escuela surgió, organizada por el propio director, la primera huelga estudiantil de la Era de Trujillo. Entre los estudiantes que participaron activamente en dicha huelga se encontraban Juan Casanovas, Dato Pagan Perdomo, Roberto McCabe y otros. No hay que decir que Pérez Cabral fue a prisión.

En 1937 se le detuvo nuevamente, esta vez por pronunciar un discurso improvisado atacando al régimen, en ocasión de la coronación de Thelma García Trujillo como Miss Deporte. Pérez Cabral era dirigente del equipo Estrellas Orientales.

Entre 1937 y 1939 desarrolló numerosas actividades conspirativas en la capital y en San Pedro de Macoris, hasta que se ve obligado a exiliarse en Venezuela.

en donde dirigió el primer curso de periodismo de aquel país, dos años antes de la fundación de la escuela correspondiente en la Universidad Central de Caracas.

En 1940 publica Pérez Cabral, en Caracas, su novela dominicana titulada *Jengibre*, en los talleres de Impresores Unidos.

Para situar el contexto histórico-social en que se produce *Jengibre*, y para seguir la práctica política de Pérez Cabral, sin los cuales un análisis crítico no podría funcionar sino superficialmente, habría que adelantar (ya fuera del decenio 1930-1940) los datos siguientes: en 1945 se recibe de doctor en ciencias políticas y abogacía, que toda su vida hasta hoy ha sido un combate político contra el imperialismo y a favor del socialismo.

En octubre de 1961 estuvo Pérez Cabral por breve tiempo en el país, fundó el Partido Nacionalista Revolucionario, combatió en todos los frentes: en el campo de la educación (fundó la escuela de ciencias políticas y sociales que funcionó de noche en el liceo Salomé Ureña), en la prensa (todavía se celebra su estilo mordaz de la serie de artículos titulados "La Universidad Podrida"), en la radio y la televisión (allí explicó su posición política, su credo literario). Volvió al exilio en mayo de 1963, pocos meses antes del golpe contra Bosch, el cual le tomó en el exterior pero al intentar regresar fue devuelto del muelle. Desde entonces vive y escribe en Venezuela.

No es nuestra tarea, en esta lectura crítica que vamos a hacer de *Jengibre*, cuestionar o analizar lo bien fundado o no de las teorías que Pérez Cabral ha expuesto en sus textos de carácter investigativo, *La comunidad mulata*, único conocido aquí, y *El preimperialismo norteamericano*, publicado en México en 1965, pero que no ha circulado todavía en el país.

## EL REALISMO SOCIAL DE LA NOVELA DOMINICANA: EL CICLO DE 1935-1940

La trayectoria de la novelística dominicana ha sido, un poco más un poco menos, la misma que ha seguido el "género" en América Latina, pero con la diferencia que mientras en algunos países las técnicas escriturales han desarrollado un complejo proceso de integración de estructuras, en el nuestro tales formas se han estancado y su simplicidad las ha agotado.

En lo fundamental, las formas novelescas latinoamericanas, surgido el "género" mismo después del proceso de independencia política, han sido europeas. Solamente han variado las anécdotas o peripecias que tales novelas cuentan, o sea la historia o el tema, centrados siempre sobre sucesos y significaciones cotidianos (novela histórica, realista social, de la ciudad, rural o de la tierra, política, indigenista).

El muro de contención impuesto a la imaginación de los intelectuales de la América hispánica por las Leyes de Indias de 1532 y 1543 impidió que en estas tierras coloniales surgiera la novela o cualquier "género" de ficción. Henríquez

Ureña<sup>1</sup> (1960:618) desecha razones psicológicas y sociológicas que explicarían el porqué no hubo novelas en América durante el período colonial:

en disposiciones legales de 1532 y de 1543, se prohibió, para todas las colonias, la circulación de obras de imaginación pura, en prosa o en verso (“que ningún español o indio lea. . . libros de romances, que traten materias profanas y fabulosas, historias fingidas, porque se siguen muchos inconvenientes”) y se ordenó que las autoridades no permitieran que se imprimieran o trajesen de Europa.

La represión ideológica y la cárcel eran los castigos a que se exponían quienes osaran violar estas disposiciones del aparato jurídico-político colonial. Los muchos “inconvenientes que se siguen” con la lectura de novelas, sobre todo en tierras coloniales, eran que al distraerse tiempo para la lectura o la escritura de semejantes obras de imaginación, el tiempo de explotación del obrero, del indio o del esclavo se reducía y además que esos textos podían incitar a la rebelión contra el orden establecido, minando primeramente la moral y las buenas costumbres.

Es así como al producirse la independencia política, surge en México en 1831 lo que se puede considerar con propiedad como la primera novela latinoamericana, *El periquillo sarniento*, de J.J. Fernández de Lizardi. De ahí en adelante la compuerta de la imaginación novelesca quedaría abierta, pero frente a tantas represiones de una ideología colonial aun imperante la práctica escritural asumió los grandes temas y hazañas del movimiento libertario e independentista. Las formas novelescas eran europeas, caducas ya, pero los sentidos ideológicos eran críticos, casi siempre, frente al orden colonial hispánico, entusiásticamente libertarios y progresistas en ese momento.

Se estaba, pues, frente a una regresión formal y un revolucionarismo verbal o de contenido. Detrás de todo eso, claro, estaban los principios de la revolución francesa o principios de la independencia norteamericana y los vientos teóricos del romanticismo.

Los constreñimientos ideológicos y la represión colonial explican el atraso del desarrollo novelístico latinoamericano. Una tradición cultural y literaria no se consolida en unos cuantos años de independencia política. Por eso, cuando en Europa ha caducado determinado movimiento literario, no aislado de lo político y lo social, nuestros escritores lo descubren y explotan veinte o treinta años más tarde, o simplemente lo ignoran. Siempre se ha estado a la zaga de lo que sucede en el mundo en materia de formas escriturales. Solamente a partir del modernismo, en la segunda etapa de Darío, y ya recientemente con la llamada nueva novela o boom latinoamericano, se ha visto a la escritura de nuestra América adoptar formas-sentidos propios. Y en cuanto a este último movimiento literario no es seguro del todo que sea tan latinoamericano como el modernismo, el cual sí impuso sus formas en Europa. El boom, sin embargo, es formalmente deudor de algunas teorías de la nueva novela francesa, pero ésta a su vez se reconoce, en

1. P. Henríquez Ureña: *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 618.

parte. en Borges. Se está, pues frente a una interacción de teorías que se influyen recíprocamente, lo que no quiere decir que el modernismo no se reconociera en los parnasianos y posteriormente en los simbolistas.

Más que de deudas e influencias, nos parece que en cuanto a la novela latinoamericana de hoy habría que hablar de una puesta al día no tan rezagada como antes. Y decimos no tan rezagada porque los principales novelistas latinoamericanos que a veces teorizan sobre su oficio no solamente desconocen, sino que se complacen en ello, todo el mecanismo teórico de la escritura y el aporte de otras disciplinas. Son algunos críticos o novelistas agudos (Jitrik, Sarduy, Cortázar) quienes tienen que recordarles que la práctica de la escritura no puede ignorar hoy la lingüística, el marxismo, el psicoanálisis o la semiótica, sin los cuales seguir hablando de literatura es reproducir las mismas nociones que cimentaron durante el siglo XIX la concepción burguesa del oficio.

En esta trayectoria de la novelística latinoamericana, la producción del “género” en la República Dominicana sigue en diez años a la novela de Fernández de Lizardi.

Alfau Durán<sup>2</sup> había ya informado que lo que se considera primera novela dominicana, *La joven Carmela*, se escribió, de la pluma de Alejandro Angulo Guridi (1823-1906) en el año 1841, pues según él, Carlos Trelles da testimonio que para este último año el autor solicitó permiso para publicarla en noviembre.

Se publicara o no, o suponiendo que haya desaparecido para siempre el manuscrito, lo cierto es que Angulo Guridi demostró sistematicidad en el ejercicio de la escritura novelesca, pues en 1843 y en 1853 produjo dos novelas más.

Pero sea como fuere, sin mencionar aquí una larga lista de autores dominicanos que escribieron novelas, nos concretaremos a señalar que provisionalmente se puede hablar de un primer período de la novelística dominicana situándolo entre 1841 y 1879-82, ciclo que culmina con *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván.

Un segundo período que va de 1883 a 1940, año que cierra el ciclo de la novela realista social dominicana. Finalmente, un tercer período que va de 1941 hasta hoy, marcado por la impronta del ciclo anterior, con leves transiciones de búsquedas formales y sentidos diferenciados (etapa místico-religiosa de M. Veloz Maggiolo, Carlos Esteban Deive y Ramón Emilio Reyes) o con fracturas experimentalistas de la nueva novela (Veloz Maggiolo, Aida Cartagena Portalatín).

## LECTURA DE JENGIBRE

El texto de Pérez Cabral se sitúa en ese segundo período de la producción novelística dominicana y es el último exponente de ese ciclo cuya duración va de 1935 a 1940.

2. Vetilio Alfau Durán: “Apuntes para la bibliografía de la novela en Santo Domingo”, en: *Anales de la Univ. de Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, pp. 85-86.

Cinco novelas integran dicho ciclo: *Cañas y Bueyes* (1935), de Francisco E. Moscoso Puello; *Los enemigos de la tierra* (1936), de Andrés Francisco Requena; *La Mañosa* (1936), de Juan Bosch; *Over* (1939), de Ramón Marrero Aristy; y finalmente, *Jengibre* (1940), de Pérez Cabral.

De las cinco novelas la única que no trata sobre el problema de la explotación en la industria azucarera y su implantación como enclave del imperialismo norteamericano en el país es la de Bosch.

Esto es concebible si se tiene en cuenta, aunque no sea del todo una explicación radical, que Bosch no tuvo una vivencia a fondo del problema por provenir de un medio geográfico donde las preocupaciones han sido desde siempre el desarrollo de la agricultura y el comercio y la abolición de la anarquía política generada por los caudillos locales que impedían la instauración de un estado capitalista fuerte y el surgimiento de un orden burgués nacional.

En este sentido, *La Mañosa* se construye como una requisitoria contra la montonera de pronunciamientos de los generales de pacotilla que tenían los campos y ciudades del Cibao en ruinas, con la depredación de la agricultura y el saqueo de la ganadería. Tales caudillos, siempre a la espera del último movimiento revolucionario, sembraban la muerte y la destrucción en los campos.

Es una requisitoria contra el caciquismo provincial o campesino y una plegaria en favor del advenimiento de un orden que garantizara la libertad y el progreso. Con la liquidación de la montonera vendría el reino de la burguesía, pero esta surgió deformada por una debilidad estructural del Estado dependiente del enclave azucarero yanki, hacia el cual volcaron sus ojos los otros novelistas, todos del Este, a excepción de Bosch y Requena. El propio Requena es vegano como Bosch, por lo cual el dominio del tema azucarero, el vivir y trabajar ahí adentro, no lo toca sino marginalmente porque Martín Román no vive el proceso de explotación sino que lo huele superficialmente y huye del escenario.

La burguesía que Rafael Trujillo patrocinó con su modelo de desarrollo capitalista personal no fue la que soñaron Bosch y los intelectuales liberales de esa época o la que entendieron los políticos aristocratizantes enquistados en el Partido Nacionalista que dirigió Américo Lugo.

La novela realista social que describe el problema azucarero, que condena la explotación brutal de trabajadores extranjeros y criollos, que pinta la impotencia de los campesinos frente a la represión y el despojo por parte del central yanki y de su sirviente nativo, que retrata la debilidad y la impotencia de los colonos arruinados por el enclave, no lanzó su crítica mordaz para transformar y abolir el sistema capitalista que producía ese estado de cosas. El grito de protesta iba dirigido a corregir la explotación y los abusos, a atenuarlos para que el sistema funcionara mejor.

Y esto se entiende mejor si se adopta la óptica que analiza una formación social concreta de acuerdo al grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en el interior de los modos de producción que coexisten dentro de dicha formación de los cuales uno de ellos domina a los otros.

Y la formación social dominicana para esa época presentaba un grado de desarrollo muy débil en ambos componentes. Más que eso, el incipiente proletariado criollo no había acumulado ningún tipo de experiencia práctica en la lucha ni existía núcleo alguno de intelectuales que hubiesen con anterioridad construido la base teórica marxista capaz de producir la necesidad de cambio.

En esta perspectiva, y dentro del contexto histórico-social en que se produce el ciclo de novelas realistas, la crítica al sistema de explotación del enclave y al aparato nativo que le sirve de apoyo, se revela como un progreso en el interior del marco ideológico en que se desenvuelve la formación dominicana.

Y todas las novelas de este ciclo vehiculizan formas literarias caducas, pero presentan una ideología crítica, como producción de sentido, con respecto al mismo sistema burgués dentro del cual están insertas.

Dentro de esa producción de sentido crítico a la ideología de su tiempo hay gradaciones en las formas-contenidos. Por ejemplo, las estructuras formales son completamente elementales en *Los enemigos de la tierra* y en *Jengibre*. Por el contrario en *Over, Cañas y Bueyes* y en *La Mañosa* las preocupaciones por las formas tradicionales del relato son evidentes, las estructuras son más densas y presentan una lectura más rica.

Solamente hay que tomar, para darse cuenta, las estructuras del relato en cada una de esas novelas: dicotomía alternante entre historia/discurso, lo cual genera forzosamente otras oposiciones binarias como verbal/no verbal, el perfecto simple y sus variantes como tiempos verbales mayoritarios contra el presente y sus variantes que se encuentran en minoría, predominio del orden cronológico opuesto a la descronología de los acontecimientos, un personaje central frente a la ausencia de estructuras pronominales (persona/no persona), una historia central articulada en cada texto en oposición a la ausencia o fragmentación de diferentes relatos, alternabilidad cónsona entre diálogos y sus comentarios frente a la descripción pura (ausencia de otros tipos de discursos que no sea el directo y si hay otros, levemente representados), la sintaxis, el ritmo (escanción), puntuación, división por párrafos y tipografía son los de la frase canónica española.

En fin, todas estas estructuras en que desde el siglo XIX ha descansado incommoviblemente la novela tradicional se encuentran tal cual en los textos del ciclo 1935-40.

En cambio, en el tratamiento de la producción de sentido se advierten también gradaciones. La ideología crítica al sistema de explotación capitalista a través de su enclave azucarero es más leve en Requena y Moscoso Pueblo que en Marrero Aristy y Pérez Cabral.

Pero de todos es Pérez Cabral quien más profundamente trastorna ese sentido ideológico establecido por el régimen y por el enclave porque el léxico escogido tiene una carga semántica muy precisa y muy fuerte, capaz de provocar el rechazo y la represión si la novela se hubiera publicado en el país en 1940.

Además la práctica política en Pérez Cabral fue una vivencia que, siendo un decir y un hacer indisociables, no era susceptible de producir otro texto que no fuera una ideología crítica al sistema de explotación implementado por el imperialismo a través del enclave azucarero y resguardado por Trujillo, quien fue escogido y bendecido por los yanquis a fin de consolidar su dominación.

### JENGIBRE: PICANTE IDEOLOGICO IGNORADO EN SANTO DOMINGO

El mecanismo de producción de ideología crítica desencadenado por el sistema de escritura cerrado que es *Jengibre* fue ignorado, no desconocido, por los historiadores literarios dominicanos que fabricaron, distribuyeron e hicieron consumir la propaganda trujillista.

Aun después de haber cesado el régimen de fuerza cuya figura es objeto de crítica en *Jengibre*, la historia literaria de 1962 hasta hoy sigue ignorando, o desconociendo (sino ocultando) este texto de Pérez Cabral. Pero los efectos de la ideología crítica contra el sistema del enclave azucarero que se consolidó a partir de la intervención yanqui de 1916-24 siguen siendo válidos hoy. Con mucha mayor razón que ayer, pues hoy la Gulf and Western, propietaria del enclave antiguamente llamado South Porto Rico Sugar Company y más tarde Central Romana Corporation, es una empresa transnacional con fuerte participación dentro del Estado, lo cual le permite intervenir en las instancias jurídico-política e ideológica a fin de garantizarse las cuantiosas inversiones que posee en los sectores claves de la economía dominicana.

Solamente los hermanos Henríquez Ureña conocieron y apreciaron esta novela de Pérez Cabral. Pero como inteligentes intelectuales de la burguesía nacionalista dominicana, cuyo sueño de democracia burguesa fue quebrado por Trujillo en 1930, tampoco dejaron de reconocer en *Jengibre* las deficiencias de que adolece.

Max Henríquez Ureña<sup>3</sup> dice de esta novela que la misma “es un candente manifiesto contra la tiranía . . .” y afirma más adelante: “La obra, por momentos, tiende a la caricatura, pues en forma caricaturesca al parecer chispeante presenta el autor a un grupo de familiares del tirano”.

Por su parte, Pedro Henríquez Ureña<sup>4</sup> utiliza en varias ocasiones ejemplos léxicos tomados de *Jengibre* para ilustrar su brillante trabajo sobre el español dominicano. Esto indica ya que si bien no hemos encontrado juicio suyo sobre la novela de Pérez Cabral (lo que no quiere decir que no lo haya), por lo menos la apreció mucho.

### EL MECANISMO DE JENGIBRE

Ya se vio que la novela no surgió en América Latina sino después de la in-

3. M. Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Santo Domingo, Ed. del Caribe, 1966, p. 451.

4. P. Henríquez Ureña: *El español en Santo Domingo*, Santo Domingo, Editora Taller, 1975.

dependencia política y se expusieron también las causas de que tal producto de ficción no apareciera durante el largo período colonial español.

La novela que surge en el siglo XIX, se comprende, carece de calidad en cuanto a riqueza de estructuras y aparece, por el contrario, abrumada de datos crudamente tomados de lo cotidiano, sin transformación, agregándose a esto una densidad considerable de páginas para amplificar el relato. La novela del siglo pasado en América Latina tuvo que recoger la herencia que durante la Colonia le impusieron las restricciones políticas y jurídicas de las Leyes de Indias: en esos tres siglos de castración nuestros escritores solamente podían producir libros de versos, de historia, de moral, de pedagogía y de religión.

La inercia y la falta de tradición artística se reprodujeron mecánicamente al saltar nuestra literatura de la etapa colonial a la independencia política. Es a partir del siglo XX cuando nuestra América empieza a producir verdaderas novelas, dejando un poco atrás el tema histórico y los cuadros de costumbres, provistos ambos de intención crítica, social o política.

Para producir novelas como las que surgen ya entrado el siglo XX hay que asumir el lenguaje como una totalidad social, hay que dedicar a veces años para lograr la articulación sistemática de las estructuras que conforman un texto. Para lograrlo se necesita una amplia libertad de invención y de imaginación.

La novela realista social no exige ese gran esfuerzo: ni en el plano formal ni en el plano de la historia o del relato de las anécdotas. Henríquez Ureña<sup>5</sup> se quejaba ya en 1945 de esta falta de capacidad, inteligencia e imaginación en nuestros novelistas latinoamericanos para articular una verdadera obra de ficción:

La novela rural y la novela social del proletariado en las ciudades o en los campos oscurece hoy día en la América hispánica a los demás tipos de ficción —por ejemplo, la novela de la gran ciudad, concebida a la manera de Balzac o de Tolstoi, o entre los novelistas hispánicos de Europa, Pérez Galdós y Eça de Queiroz.

Sin embargo, esa queja responde a situaciones estructurales de las sociedades latinoamericanas, que en el plano literario marchan, por las razones que se vieron atrás, a un ritmo más lento que el de la evolución novelística europea, producto del desarrollo desigual entre la base y la superestructura ideológica.

Para Santo Domingo, si tomamos el ciclo de novelas producidas en 1935-40, vemos que semejante período es isócrono al que se desarrollaba en América Latina, y muy particularmente en Brasil, en la misma época.

5. P. Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 203.

La problemática social tratada por Moscoso Puello, Bosch, Requena, Marrero Aristy y Pérez Cabral es la misma que la absorbida por el grupo de novelistas brasileños que a partir de 1930 dará mayor concreción y amplitud que la hasta ese momento lograda por otros escritores latinoamericanos de igual tendencia temática.

Hablando de la gama temática de la novela brasileña del período 1935-40, Henríquez Ureña<sup>6</sup> señala:

No se limitan a la descripción de cómo viven y sufren los indios o los negros; trazan un vasto cuadro de los afanes del obrero en el Brasil, de cómo trabaja y ama, juega y muere en las plantaciones de café, cacao y algodón, en los ranchos de ganado, en los molinos de azúcar, en las minas, en los muelles y en los barcos, en los bajos fondos de las ciudades.

Creo que en ese cuadro dramático de la época encaja la temática del ciclo novelesco dominicano de 1935-40, en el cual está incluida *Jengibre*.

#### UNA LECTURA LINEAL

Más que la cingiberácea (“Trae jengibre, Felicia, bien fueite!” y “El viejo ya tomaba la picante infusión” (p. 10), el título de la novela *Jengibre* designa en este espacio escritural abierto por Pérez Cabral una metonimia, la cual opera tomando de todas las características de dicha planta india una sola: lo picante, para señalar con esta cualidad el todo: el jengibre, y por extensión el ron (“Otra vé el compadre bebiendo jengibre. Ese hombre tá loco” (p. 15), denominado así en el Cibao, al menos en el Cibao de los personajes de la novela.

Por connotación también, *Jengibre* se lee como la crítica picante al régimen imperante y al sistema de explotación y dominación política extranjera. También la trayectoria de la novela, previsible, se inicia envuelta en pretextos alcohólicos y culmina, cumpliendo la anticipación sangrienta, en el asesinato de quien estaba supuesto a ser victimario a manos de una posible víctima, la cual da su bayonetazo envuelto en un delirio de jengibre.

La división fonolexemática del texto se presenta en capítulos, numerados del I al X y éstos a su vez en párrafos bien delimitados. El texto está dedicado a dos connotados antitrujillistas: Juan Isidro Jimenes Frullón y Buenaventura Sánchez Felix, y también a un tercer personaje que por aparecer en semejante contexto participa por acercamiento del aura ideología del grupo: P.A. Ruiz Paz-Castillo.

*Jengibre* es la única novela del ciclo 1935-40 que, junto a *Over*, abre con un presente (de indicativo esta vez), sin recurrir al consabido imperfecto o al perfecto simple, flexiones verbales encargadas de la apertura de todo relato tradicional.

6. Ibid., p. 201.

Esto no significa una transformación, sino una opción que constriñe menos semejante apertura. La fuerza más bien, pues tanto una como la otra abren con un discurso directo. En las páginas siguientes, *Jengibre*, que abre con una situación dialógica entre la víctima y el victimario, alternará sucesivamente las zonas verbal/no verbal.

De entrada, no hay en *Jengibre* el montaje de una decoración que pudiera servir de escenario al desarrollo de la aventura, sino que se implanta de lleno una situación disursiva entre Cipriano (Chano) Benítez, ebanista, hombre mayor y de experiencia y el joven Enerio García, agricultor, aspirante a ingresar a la milicia.

La experiencia opuesta a la inexperiencia, la vejez opuesta a la juventud entran en conflicto en la escena de la escritura con estos dos primeros personajes: el viejo Chano adopta una ideología crítica con respecto a la guardia mientras que el segundo, paradójicamente, asume una actitud conservadora. Claro, más tarde se ve, con el relato de la muerte del padre de Chano que semejante posición no es gratuita.

Todavía en el primer párrafo Cipriano Benítez no explica su aversión a la guardia en base a una conciencia social de clase, sino en virtud de una producción ideológica espontánea o instintiva que le llevará a atribuir al uniforme militar (simbolismo) toda la maldad que le atribuye a la institución.

En el tercer párrafo (P-3) Chano contradice a Enerio, indicándole ya con más conciencia social el carácter coercitivo de aquella guardia formada por Trujillo y utilizada para adueñarse y apropiarse, mediante la coacción, de la tierra de los campesinos, de los bienes de los civiles y hasta de las mujeres. El ejercicio de esta fuerza alentaría y Chano lo ve bien claro, a algunos militares a apropiarse indebidamente, para provecho personal, de tierras, ganado y otros bienes ajenos. Chano llega a ver al haitiano como más positivo que aquella guardia: “Ya te digo, muchacho, yo prefiero lo ‘haitiano’ ” (p.10).

Naturalmente que si se hace una lectura detenida hay que concluir que no existe un personaje central en *Jengibre*, sino una clase social, el proletariado incipiente que organiza una huelga contra el central azucarero, la cual aparece a lo largo del texto como protagonista principal de las acciones que culminarán con la liquidación de toda resistencia, pero con la esperanza de que nuevas luchas son posibles en el porvenir.

En el desarrollo de las peripecias de esta novela, los personajes que entran y salen no se constituyen en núcleos del texto, sino que tienen por función exponer los términos de una oposición binaria del relato que se cuenta: ideología crítica/ideología positiva con respecto a la situación de explotación y de injusticia que se vive en el central azucarero, la composición de la masa proletaria que allí trabaja: actitudes, grado de conciencia social, gustos, diversiones, creencias, supersticiones son vistos a través del enunciado textual. Haitianos, cocos dominicanos, yankis, españoles sirven de actantes y de hilos conductores del relato a fin de radiografiar, a través de sus respectivas vivencias, el enclave azucarero.

## ALGUNOS PERSONAJES

Sin embargo, en el interior del texto hay que hacer una lectura del papel ideológico que juegan algunos personajes que develan aspectos del funcionamiento de la criticidad superestructural en la escritura de Pérez Cabral.

Chano Benítez, con su ideología crítica, sella su suerte y la del relato al mismo tiempo que funge como actante que lanza el mecanismo de la ficción cuando lleva al punto de la ruptura la contradicción que tiene con Enerio García, en momentos en que éste último (hijo de su amigo Pablo) le comunica la decisión de meterse a la guardia: “Si te mete, no vueiva a eta pueita, bandido!” (p.10).

Se puede considerar la situación dialógica como una especie de decoración que va a abrir el escenario donde se desarrollarán las acciones de la aventura novelesca. Ese primer capítulo que introduce a mitad del relato, súbitamente, a Mr. Answer, el personaje que como intermediario de la compañía azucarera tiene por función dar una respuesta económica a las objeciones que hipócritamente ponen los sirvientes nativos del enclave, rompe el hilo de la ficción o suspende la historia. Esta suspensión instala en escena al verdadero poder del enclave. Mr. Answer tiene por función corromper a latos comerciantes, colonos, políticos, abogados, autoridades civiles, militares y judiciales de la región. Por su boca obra el enclave y explaya sus mecanismos.

Otro personaje de ideología positiva es el alto comerciante español José Rodríguez, detentador exclusivo del monopolio de la venta de azúcar. Contrabandista, fascista y franquista, adopta en La Romana una actividad anticomunista al tiempo que explota brutalmente a empleados y clientes. Dependiente frente a los designios de la compañía yanqui, Rodríguez desprecia en el fondo a los funcionarios como Mr. Answer pero astutamente participa de la política de corromper autoridades para hacer prosperar sus negocios y para ahogar la mano de la justicia en el caso de la violación de la Juana, hija de Chano Benítez. Frente al doctor Herrera, médico provincial de sanidad, Rodríguez hace alarde de euro-peocentrismo. Se saludan en inglés y francés (pp.74-75). Este doctor Herrera es racista y sirviente de la clase dominante local. El español Rodríguez es un personaje en decadencia, medio impotente sexual, acosado por un mal hepático.

El doctor M.L. Herrera, en cuyas dos abreviaturas el lector puede meter las malas palabras que quiera, tiene por función en tanto personaje reproducir en la instancia jurídica el documento que autoriza una mentira: el certificado médico que oculta una violación a la ley: el estupro cometido por Rodríguez contra la menor Juana Benítez. La presencia del doctor Herrera sirve al enunciante para exhibir la ideología positiva de la burocracia nativa al servicio del imperialismo y de la burguesía. El médico provincial hace gala de racismo: “Estas negras se ponen de vagabundas engañando a los padres. . .” (p. 99); “¿Cree usted que un negro de esos sería capaz de llamarme como lo ha hecho usted, señor Rodríguez?” (p. 75).

Igualmente racista es el gobernador, quien olvidando su color de “mulato cuarterón”, fustiga la huelga de los negros en el central azucarero, calificándola

de “tamaño atrevimiento” y a los obreros tildándolos de negros “analfabetos y descarriados” (p. 159).

Los personajes de *Jenjibre* no son, con los casos aislados descritos, militantes activos en favor del mantenimiento del enclave azucarero ni sirvientes del poder local. Más de sesenta actantes entran y salen velozmente, como relámpago, por la puerta de la escritura novelesca, funcionando como simples sujetos que hacen sufrir variaciones a los verbos. Funcionan semejantes nombres como héroes de su propia secuencia y dan paso al mecanismo de producción de sentido ideológico crítico contra el sistema de explotación del enclave. Históricamente son los exponentes de la incipiente conciencia proletaria.

Los nombres de los sucesivos cónsules norteamericanos (Bunster, Bair) y del haitiano (Coutard) no tienen en la ficción ningún rol activo, sino servir de pretexto para mostrar la corrupción en la cual los entrapa la compañía para lograr una explotación obrera eficiente. Igualmente los nombres de los funcionarios públicos locales sirven para mostrar el sistema de corrupción imperante. El comisario Cordero (p. 16), el fiscal (p. 88), el gobernador (p. 90) son actantes que reproducen la corrupción.

El terror del cañaveral y su mecanismo de operar es exhibido con la presencia del capataz Pichardo y de Mr. Kluck (p.58) o en su defecto por el raso Almonte (p.68), homólogo de Cleto el Policía en *Over*, o sino por el capataz Francisco (p.103).

Justino Viloria, compadre de Chano Benítez, al tiempo que está marcado por la prudencia y el miedo, justifica su existencia de papel en el texto para dar paso al relato sobre la muerte de Heraclio, padre de Chano. Es un relato marcado por la ideología crítica porque a su través se describe el despojo de la tierra a los campesinos cuando Trujillo inició su rápido proceso de acumulación originaria por medio del terror y la muerte.

Del lado del proletariado, que en conjunto es el personaje crítico de la novela, aparte de Cipriano Benítez, están Charlie Prandy, cocolo deportado por sus ideas organizativas y quien aparece dotado de la mayor conciencia revolucionaria. Trata de formar un sindicato de braceros, el cual, bajo su liderazgo lejano, organizará y decretará la fracasada huelga contra el central “La Esperanza”.

Prandy envía un manifiesto a los braceros en el cual aboga por la creación de un “frente común a la opresión del imperialismo y a los gobiernos cómplices” (p.66). También aboga el mensaje por la formación de la Liga Nacional Dominicana de los Trabajadores de la Caña, la cual sería un prelude a la constitución de una federación sindical antillana, cuya resonancia ideológica se remonta a un sueño hostosiano.

Al lado de Charlie Prandy se puede colocar a Taringo, otro cocolo que debe ser tenido como lugarteniente del dirigente gremial expulsado por sugerencia del enclave. Es este Taringo quien va a organizar y llevar a la práctica huelguística a sus camaradas braceros. Pero más que el fracaso de la huelga, interesan las posi-

ciones de clase que teóricamente va a sostener dicho personaje frente a los haitianos.

En la parte destinada a estudiar la formación de una conciencia de clase en el incipiente proletariado dominicano se dijo que el desarrollo de la misma tenía que ver con el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Menos en el sector azucarero de aquella época iba a desarrollarse dicha conciencia de clase tan rápidamente en razón de que la mayoría de ese proletariado estaba constituido por cocolos y haitianos. Los primeros desarrollaron una mayor conciencia y organización, pero el aparato represivo del Estado y del enclave ahogaba todo brote de sindicalismo.

La falta de conciencia de clase en los haitianos es reprimida y suprimida por otro estado de conciencia similar: el asesinato. Los cocolos y algunos braceros criollos obligan, por la violencia, a los haitianos a detener el corte de la caña. Pero no están en capacidad de reflexionar un momento que no es por ser “traidores” o “perros serviles” o “adulones” que esos haitianos, que no tienen conciencia ni de estar vivos, siguen tranquilamente cortando caña mientras a su alrededor ocurre la más violenta lucha de clases. Lucha antagónica con las armas en la mano, y a quien envían los militares encargados de reprimir la huelga es precisamente a un haitiano a fin de que espíe cada movimiento de los braceros en huelga. Y el haitiano lo hace bien, por cinco dólares, y cuando termina su labor se va con su conciencia muy tranquila como quien ha cumplido con su deber, justamente porque los huelguistas no se pueden plantear que los haitianos, y en parte ellos mismos, tienen una falsa conciencia.

Con los personajes de *Jenjibre* y los del ciclo novelesco de 1935-1940 se abre una vía narrativa que abortó la evolución de la escritura dominicana, pues a partir de ese último año comienza la consolidación económica del régimen trujillista, la cual le permitirá entonces centrar su atención en el control del aparato ideológico, ahogando todo vestigio de producción de sentido que no fuera a favor del sistema emplazado.

La evolución novelística dominicana, pues, queda trunca en 1939. *Jenjibre*, vale decir, no se publica en el país. Las generaciones de escritores que surgieron después de este ciclo estuvieron encuadradas en el aparato del régimen y al igual que las leyes indianas que prohibían escribir, leer y publicar novelas en las colonias españolas, en Santo Domingo el trujillato no las prohibió de derecho, pero en la práctica el oficio de escribir necesita una gran libertad de invención y de imaginación que de cualquier modo que se las emplease iban a perturbar el sistema.

La introducción de personajes salidos del proletariado urbano o rural en la novela del ciclo de 1935-40 indicaba ya la vía que seguiría la escritura en el país. Ese era el paso previo para la abolición, poco a poco, de la novela tradicional y su encarrilamiento por las sendas de la escritura moderna, la cual reclama la despersonalización de los personajes o su eventual supresión, la aniquilación

de una historia central y por tanto la implantación de un orden no cronológico, subversión o transformación, en y por el lenguaje, de la ideología que el escritor encuentra en su tiempo.

## LA ESTRUCTURA TEMPORAL

Al ser *Jengibre* el relato de una aventura, es decir una historia central, la estructura temporal así como la cronología de los acontecimientos están asegurados de antemano.

La alternancia entre diálogos (zona verbal) y comentarios o descripción (zona no verbal) es una estructura previsible, como previsible es también la presencia mayoritaria de tiempos verbales que marcan los hechos realizados (perfecto simple y sus variantes) frente a los que indican hechos no realizados (presente y sus variantes).

Sin embargo, la apertura dialógica de *Jengibre* trata de mantener un equilibrio entre esa alternancia, aunque la tensión de las estructuras internas de la escritura es elemental. Además no se puede pedir al texto lo que éste no puede dar. Una tensión equilibrada entre diálogos (con los tres tipos de discursos) y los comentarios o la descripción no pertenece a la órbita del ciclo novelesco de 1935-40.

Esto no impide reconocer que en *Over* se pueda encontrar ese equilibrio, pues esta novela es a nuestro entender la única que introduce, en tanto procedimiento sistemático, el yo narrador como personaje, pues sin ser "vacancia incesante" que impida, según entiende Ricardou<sup>7</sup>, la coagulación de un coherente conjunto de determinaciones, ese yo narrador de *Over* acoge tales determinaciones y las llena sin cesar de una identidad bien precisa, gozando de los atributos típicos del personaje tradicional.

## LEXICO Y SUBVERSION

La elección del vocabulario de *Jengibre*, sin intentar aquí un análisis fuera del contexto de las palabras sino una lectura ideológica, presenta algunas particularidades que es bueno señalar porque ellas se imbrican perfectamente en esa práctica política y en el ambiente de las ideas sociales de la época, unidad dialéctica del decir-vivir no visto como biografía de autor, mas como inserción en el interior de una clase social determinada o como identificación clasista.

Por eso cuando vimos la práctica política de Pérez Cabral solamente son pertinentes algunos datos: negación a pertenecer a un aparato de encuadramiento del régimen. aplicación de una represión a esa decisión, fundación de una revista crítica contra el sistema y su representante, organización de una huelga estudiantil. publicación de un poemario contra el régimen. discurso contra un represen-

7. J. Ricardou: *Pour une théorie du nouveau roman*, Paris, Coll. Tel Quel aux Editions du Seuil, 1971, p. 246.

te del régimen, conspiraciones y exilio. La materialización de la idea que se reconoce en una pertenencia o identificación de clase opuesta a un sistema represivo y a sus mantenedores extranjeros. Es obvio que de quien ha vivido-pensado así no puede salir una práctica escritural despolitizada y disociada de su entorno histórico-social.

Frente a un mundo positivo, el léxico que se puede encontrar en *Jengibre* revela una carga ideológica crítica muy específica, casi ausente en los novelistas y poetas de la época. Excepción, como poca, la de "Proletario", de Rubén Suro o algunos poemas del Incháustegui Cabral de 1940. Sin embargo, el léxico empleado en *Jengibre* y en otros textos de la época no es hijo del azar. Hasta la promulgación de la ley anticomunista del 14 de junio de 1947, Trujillo había tolerado, por conveniencia, las actividades comunistas y la circulación de publicaciones de esa misma índole.

En 1936 existió una ley anticomunista, pero fue derogada al año siguiente. El propio Trujillo, citado por Galíndez<sup>8</sup> informaba en junio de 1945, en mensaje al Senado pidiendo la ratificación del nombramiento del primer diplomático dominicano acreditado en Moscú, que en el país circulaban "obras de escritores rusos, antiguos y modernos, desde Turguenev hasta Stalin, [los cuales] ocupan importantes sectores de nuestras librerías y bibliotecas públicas, donde siempre han estado libremente a la disposición de todos . . ."

Todavía para esta época Trujillo se permitía el lujo de tolerar cierta práctica, muy limitada, vigilada y reprimida según sus intereses, del comunismo. Será en 1947, cuando da el primer paso en firme, al crear la moneda nacional junto con el banco del Estado, que terminará para siempre toda tolerancia a la práctica e ideas comunistas, salvo hasta el breve lapso de 1960, caído ya en desgracia con el imperialismo, en que se dará el último barniz de demócrata, autorizando al Movimiento Popular Dominicano a iniciar actividades políticas en el país. Para ese año de 1947 y los siguientes la consolidación económica del régimen es total y se produce la nacionalización del servicio de electricidad y la compra de todos los ingenios azucareros, con excepción del enclave yanqui y el grupo Vicini. En 1959 comienza a tambalear el régimen, su modelo económico está agotado, su política internacional es desastrosa y a la puerta de América, la primera revolución socialista en el continente.

El control del aparato ideológico fue total entre 1947 y 1959 y como eterna letanía reinaba la propaganda del régimen a lo largo del país.

Pero de todos modos, lo que importa saber es que en Santo Domingo hubo siempre acogida e interés por el socialismo y cuando se escriba una historia de las ideas políticas y sociales en el país tal vez haya que escrutar quiénes eran los comunistas que querían "hundir" la propiedad, según Juan Antonio Alix o qué llevó a Pedro Henríquez Ureña, en colaboración con Al-

8. J. de Galíndez: *La era de Trujillo*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1962, p. 215.

fonso Reyes y Carlos Percyra, a traducir *El estado y la revolución* de Lenin, en el año 1920, o a indagar cómo fue recibido en Santo Domingo el triunfo de la revolución de octubre en Rusia y si hubo un tal Adalberto Chapuseaux que publicó, para esa época, algún texto elogioso sobre ese acontecimiento histórico.

No hay, pues, mucho de azar en la práctica escritural de ese período de 1930-47 si uno se encuentra esporádicamente con uno que otro texto que haya recuperado cierto léxico subversivo. Pero la utilización esporádica de un texto revolucionario en el contenido, aunque no en la forma, como "Proletario", no autoriza a fundar la hipótesis de que con semejante ejemplo aislado se está frente a una escritura poética transformadora.

La transformación que de la escritura hace un autor exige sistematicidad o continuidad y una relación dialéctica indisociable entre la práctica teórica de su vivencia social, no biográfica, y las formas-sentidos que vehiculiza su texto.

Hay escritores que producen no una transformación, sino un cuestionamiento, una subversión, ya sea a nivel formal y/o de contenido. Hay otros que no producen ni lo uno ni lo otro, sino que reproducen tal cual las condiciones que aseguran el mantenimiento del sistema económico-social en el cual están insertos.

El léxico de *Jengibre* se inscribe como ideología crítica frente al mundo positivo burgués y a la dominación imperialista que encontró en su tiempo, en el espacio histórico-social ya descrito, e instala en la escritura novelesca dominicana, sistemáticamente, un lenguaje jamás oído.

Algunos términos, dotados de una carga semántica muy fuerte, tienen un contenido subvertidor o revolucionario frente al sistema capitalista que se nutre de la explotación de las clases trabajadoras.

Estos son algunos ejemplos críticos, vocablos, sintagmas, frases, que en contexto están dotados de una carga política muy precisa: el taller proletario. . . siempre fue esencia obrera (p. 12); el yanqui saboreó de cerca la inconformidad del español (p. 20); no terminó de golpearse la frente el capitalista de la exclusiva (p. 20); que lo blanco adueñao no son má que uno pilló del imperialismo (p. 30); la mano burguesa trasteándole lo que siempre juzgó del novio (p. 30); con la música exótica de una sala burguesa (p. 37); una esperanza que diariamente atrae al brazo proletario (p. 41); la carne proletaria es una tambora del regimiento imperialista (p. 43); ante el rodillo del capital exótico (p. 43); la voz mandona del canalla blanco (p. 43); la sala burguesa resume talentos de la gente fina (p. 55); a la memoria debía don José exquisitos momentos de paladar burgués (p. 73); va luego el capitalista al teléfono (p. 76); gota a gota fue enterando el Taringo a la Juana de las energías proletarias (p. 77); con la matriz cargada de mitad burguesa (p. 78); con efusión de quince años aprieta las manos del yanqui (p. 88); levántase el yanqui exhibiendo el impecable corte de traje de seda china (p. 89); ¿te trajo el cheque el yanqui éste? (p. 90); la tentación de una joya

burguesa (p. 95); gozando en la blandura burguesa (p. 96); contribuyen los burgueses pálidos de miedo (p. 113); los burgueses que mastican la rabia de los maltratados (p. 114); un burgués forzador (p. 119); resolvíase la estrategia burguesa contra los negros alzados (p. 158).

Aparte de la ideología crítica al lenguaje que garantiza la normalidad social, *Jengibre* presenta también la puesta en uso de todo un campo léxico que hasta hoy funciona en nuestra sociedad, aunque a veces revestido de la anormalidad, de la represión, o simplemente se ha consolidado y ya no perturba. Otras veces el léxico configura un interés filológico o de gramática dialectológica. Por ejemplo: cubera, por acostarse con una prostituta y no pagarle es un verbo que figura en (p. 9), mangú (p. 13), pendejá (p. 14), rompe-huelgas (p. 19), chongo, cho-pa por sirvienta (p. 37), film (p. 43), convite (p. 50), zoovenganza (p. 63), jo-demo (p. 65), líder (p. 65), buró (p. 87), orillera por prostituta (pp. 91-95), maipiola (p. 114), chin (p. 117), cinematógrafo (p. 118), que coexiste al lado de cine (p. 152), berrán (p. 118), ñapa (p. 119), cueros por prostitutas (p. 122), pargo por cliente de prostíbulo (p. 122), chulo, maipiolo (p. 122), colombina por cama pequeña (p. 129), chiripas (p. 143), bachatas (p. 146), micro por micrófono (p. 152).

El enunciante pone en boca de Chano Benítez esta frase: "Ma, me dije, tu ere hombre de brio. . ." (p. 35).

Este "ma", particular forma de la conjunción *mas*, solamente se emplea en la escritura, pero en este oral simulado parece funcionar como un estilema arcaizante, reminiscencia del escrito sobre el oral, en el habla campesina cibaëña, que tanto *Jengibre* como las demás novelas del ciclo 1935-40 imitan, en consonancia con la teoría del realismo social de la novela rural.

Otro estilema que se continúa a través del texto de Pérez Cabral es el uso de la variante *la*, de la no persona, como complemento indirecto femenino, pero esto debe atribuirse a influencias literarias de autores españoles, de acuerdo a observaciones que Henríquez Ureña<sup>9</sup> hizo ya sobre este fenómeno.

También en otro lugar Alonso y Henríquez Ureña<sup>10</sup> indicaron con respecto al leísmo y loísmo lo siguiente: "Otra alteración que ocurre en Castilla es el empleo de *la* como complemento indirecto femenino: "La dije que viniera". Esta forma llegó a penetrar en la literatura, pero los gramáticos, después de vacilaciones, la condenaron, y hoy, si aparece en la lengua literaria, es como descuido".

Naturalmente, estas explicaciones son puntos de gramática normativa y ellas no dan cuenta del funcionamiento real de esta variante combinatoria apersonal en el interior del sistema de la lengua.

No es este el lugar para semejante disquisición de gramática estructural, pero no creemos que el uso que de tal variante hace Pérez Cabral en *Jengibre* se deba

9. P. Henríquez Ureña: *El español en Santo Domingo*, Santo Domingo, Editora Taller, 1975, pp. 249-251.

10. A. Alonso y P. Henríquez Ureña: *Gramática Castellana; segundo curso*, Buenos Aires, Editorial Americana, p. 92.

a descuido. Si no obedece a una cuestión de moda, y para determinarlo habría que rastrear la producción textual de la época a fin de comprobar si ese uso de *la* se da en otros autores, por lo menos habría que atribuirlo a una consciente elección influida por la lectura de escritores españoles. Y, en último término, habría que investigar qué valor “estilístico” o “estético” tenía en aquel momento histórico-social el uso de *la* como complemento indirecto femenino y su posible extensión al código oral. Encuesta histórica que verificaría si el uso de *la* en la escritura era recibido como afectación o pedantería de lenguaje.

Semejante uso de *la* no existe en el español dominicano de hoy, ni en el oral ni en el escrito. Sin embargo, se advierten ambigüedades en el empleo de las variantes combinatorias de la no persona, sobre todo con *le*, *les*, *lo*, *los*, aunque se necesitaría una investigación a fondo para saber cuál es la situación real.

En estos ejemplos que ofrece *Jengibre*, donde Pérez Cabral usa el *la* en función de complemento indirecto femenino, el español dominicano emplea *le*: antes de que el novio la hablara (p. 77); al macho que la brinda ternuras y la lleva esperanzas (p. 78); piensa que la espera el monólogo ciclónico de la ira (p. 78); por la carga ilegal que la vertió un patrón (p. 92); y la ve el vientre crecido (p. 92); por más que la rompa la carne (p. 92); a ésa sí que la cuenta el fracaso (p. 93); que no la miren la cara después (p. 98); ahora la veía los ojos lavados (p. 99).

La práctica del lenguaje en Pérez Cabral tiene por función liberar significados apresados por el orden social, aunque para lograrlo tenga que recurrir a figuras de retórica codificadas formalmente, como la ironía, la paradoja, la hipérbole o el apóstrofo; todas ellas envueltas siempre en un lenguaje casi exento de ambigüedades producidas por un orden asintáctico, pero cargado de cierta hinchazón. Ampulosidad que a veces, funcionando como catapulta social, se desmantiza: “Cuando las dos alas de la media puerta quisieron soplar la calentura del ambiente, las palabras amas de permisos tantos hincaron la patria a su alcance” (p. 17); “nafta de los biceps” (p. 45), metáfora que significa la mocha; “Pero la madre obedece lentamente, ciega todavía, la mirada fija, como si se quedara media frente al hombre” (p. 94).

## LA TRAYECTORIA CIRCULAR

El crimen que Felicia, la mujer de Chano Benítez, y su compadre Justino Viloria presienten es una anticipación de la ficción cuya lectura correctamente la víctima ignora. El texto, por paradoja, se complace en disipar toda alusión que pueda hacer sospechar al lector que el asesinato de Chano Benítez cerrará el círculo abierto al comienzo de la escritura con la repetición del mismo escenario.

Sobre todo que el lector es desviado por los procedimientos de la escritura que anuncia y suspende a cada momento los planes homicidas de Chano Benítez, quien sorprendido por el final espeluznante con la irrupción de Enerio García recibe un bayonetazo, al tiempo que el victimario grita del fondo de sus entrañas: “¡Carajo! ¡ahora soy sargento!

Chano Benítez no tuvo, cierto es, tiempo de detener la mano homicida de quien desde el instante mismo que se metió a la guardia fue para la víctima un bandido con prohibición de pisar la puerta de la casa. Admitamos que el enunciante hizo que la escritura le jugara una mala pasada a Chano Benítez, personaje liquidado que funciona como símbolo del campesino en proceso de proletarianización, víctima del despojo oficial que antecedió a la consolidación del modelo de desarrollo capitalista implementado por Trujillo y avalado por el imperia- lismo. Más que un personaje, Chano Benítez significa todo ese proceso.

### JENGIBRE EN EL INTERIOR DE LA FORMACION SOCIAL DOMINICANA

Un texto no refleja, sino que produce o reproduce sentidos ideológicos crí- ticos o positivos en el interior de una formación económica y social. La materia prima con la cual trabaja el escritor es el lenguaje. Este funciona como una institución social al mismo título que las demás. Por más grande que sea el poder de imaginación y de invención del escritor siempre tendrá, al construir su texto, que trabajar con franjas de la materialidad social que es el lenguaje. fuera del cual nada tiene sentido.

¿Como un texto, en este caso *Jengibre*, pone al lector sobre la pista de esas franjas materiales de formas y significados ideológicos que permiten reconocer las maneras en que una sociedad produce sus bienes materiales y culturales, así como las ideologías que la reproducen o la cuestionan? *Jengibre* en tanto texto de base va a funcionar como producción de sentido inscribiendo en su interior diferentes ideologemas tomados de otros códigos y textos que se encuentran en la formación social.

Por ejemplo, cuando Cipriano Benítez da a su mujer (p. 13) un medio ame- ricano para que compre jengibre, o cuando el cura negocia la misa a la Juana por cuarenta dólares, o cuando el teniente paga cinco dólares al haitiano que espío el movimiento de los braceros en huelga (p. 162), el texto informa que en 1940 la formación capitalista dominicana carecía de una moneda nacional. A partir de esa simple constatación todo un análisis económico y social del espacio geográ- fico en donde funciona *Jengibre* es posible. Esto no significa que a partir de ahí se construya la historia del país. El texto inscribe, sin ser un tratado de econo- mía, la dependencia del país frente al emisor de la moneda, Estados Unidos.

Sin ser un estudio del movimiento sindical dominicano de la época, *Jengi- bre* reproduce la situación de los obreros que laboran en el sector capitalista más avanzado de la formación social para 1940. Sin embargo, sobre un asunto de ficción como es la fracasada huelga de braceros en La Romana, el texto de Pérez Cabral ofrece un conjunto de indicadores que permiten tener una idea del grado de desarrollo capitalista en el este, así como del de las fuerzas produc- tivas y las relaciones de producción.

Un texto de ficción inscribe, sin que a veces su productor se dé cuenta, las contradicciones y antagonismos que operan en el interior de una formación so-

cial dada, la cual tiene distintos modos de producción que coexisten, pero uno de ellos como dominante. Ese modo de producción dominante en el interior de la formación social dominicana donde *Jengibre* se inscribe es el capitalista, pero dependiente a su vez del capitalismo norteamericano en su etapa imperialista mundial.

Las relaciones que ese imperialismo va a sostener con la formación social dominada van a quedar inscritas en el interior del texto. Este como ficción, inscrito en una sociedad capitalista dependiente, va a exhibir las características que presentan las fuerzas productivas y las relaciones de producción, los antagonismos de clase que se van a suscitar con el incipiente proletariado, el funcionamiento de instituciones que sirven de avanzada del capitalismo (bancos, compañías de seguros), la modernización de los sistemas de transporte y la eficiencia de los organismos represivos internos.

En fin, *Jengibre* va a develar el mecanismo de funcionamiento de las instancias económica, jurídico-política e ideológica de la formación social dependiente, va a describir cómo sirven al imperialismo y cómo éste se las arregla para que le sirvan eficientemente.

También va a inscribir en su interior dicho texto de ficción, formas de relaciones precapitalistas que coexisten al lado del modo de producción dominante. La disolución de una economía agrícola de subsistencia, la supervivencia de un artesanado urbano (el mismo protagonista es ebanista) son indicios, en *Jengibre*, de un campesinado en tránsito a la proletarianización: chiriperos, desempleados, despojados, son virtuales candidatos a mano de obra libre en los ingenios azucareros.

Y en superposición a todas estas estructuras, modos de producción, formación social, tres instancias, el lenguaje. Y paradoja que sea el lenguaje, que como institución se inscribe en el nivel ideológico, pues sin él ninguna de las otras instancias nada significan, si el lenguaje no las habla, las piensa, no hay sentido. Pero lo más grave todavía es que si el lenguaje no habla de sí mismo él tampoco significa nada, es decir si él no se habla o se piensa a sí mismo.

Todavía la novelística dominicana está a la espera de un texto que hablando de otras cosas hable de sí mismo. Si, por el contrario, va a hablar de otras cosas, que no hable el lenguaje de lo que la sociedad prohíbe. Que funcione, en tanto ficción, contra las interdicciones, pero no solamente las enmarcadas en la Ley, sino también contra las demás formas de ideología que aseguran el mantenimiento del mundo positivo. Esa lucha comienza primero por cuestionar el lenguaje mismo que va a subvertir o transformar la ideología que el escritor encuentra en su tiempo.

Esa es la única forma de estar o de quedarse en el mundo.